

Jubileo de los Catequistas: “Catequesis, Puerta de la Esperanza”
25-27 de septiembre del 2025
Roma, Italia

Reverendísimo Charles C. Thompson
Arzobispo de Indianápolis
Presidente del Comité de Evangelización y Catequesis, USCCB

Dado que mi repertorio de ideas originales es bastante limitado, me basaré en varios documentos de referencia para esta presentación. Lo que pueda faltar en originalidad, lo compensaré con ejemplos e historias basadas en mi experiencia personal.

A petición de Papa Francisco, la Conferencia de Obispos Católicos de Los Estados Unidos hicieron un retiro juntos en enero del 2019. El Papa Francisco asignó al predicador de la Casa Pontificia, en aquel entonces el padre (ahora cardenal) Rainiero Cantalamessa, como el guía de nuestro retiro. El padre Cantalamessa resaltó que los obispos tenemos dos tareas principales, evangelización y catequesis. Sin embargo, él notó, que solemos pensar que el hecho de catequizar a alguien hace de ellos un buen cristiano o católico. Si no somos evangelizados primero por un encuentro personal con la persona de Jesucristo a través del testimonio y la predicación del kerigma-es decir, su pasión, muerte, y resurrección- la catequesis carece de un impacto auténtico en la persona. Lo mismo ocurre con todos los que buscan guiar otros a Jesucristo mediante las enseñanzas de la fe católica. La evangelización debe tomar prioridad. Sin embargo, rara vez realizamos una tarea sin la otra. Evangelización y catequesis van juntos como un guante y una mano. Si bien necesitamos una mano para el guante, debemos recordar que el guante no está destinado a otra cosa que no sea la mano. Es esta convicción de una catequesis evangelizadora, ambos en lugar de uno o el otro, la que fundamenta nuestro enfoque en la *transformación misionera y la conversión pastoral*.

El Papa León XIV hizo eco de este sentimiento al alentar y apoyar el Año Jubilar de la Esperanza, iniciado por su predecesor, y que sigue dando frutos entre el Pueblo de Dios. En su mensaje a los Caballeros de Colón durante su reciente convención, el Santo Padre habló de la Iglesia como un “signo de esperanza” y de la necesidad de que sus miembros sean “signos tangibles de esperanza”. Esto es especialmente cierto para los catequistas.

La evangelización es esencial para la vocación misionera de proclamar la fe, e implica la invitación a la conversión y a la relación con Jesucristo. La catequesis surge de los esfuerzos evangelizadores de proclamación, testimonio y esta doble invitación. Aunque distintas, la evangelización y la catequesis son necesariamente dependientes una de otra. El Comité de Evangelización y Catequesis de la Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos ha articulado una visión de la catequesis evangelizadora, que es a la vez trinitaria y cristocéntrica, dando orientación al proceso de discipulado de la siguiente manera:

“En el corazón de la misión de la Iglesia hacia todas las personas, una catequesis evangelizadora busca profundizar un encuentro personal con Jesucristo a través del poder del Espíritu Santo: Proclama el mensaje central del Evangelio, el kerigma; acompaña a las personas a una respuesta de fe y conversión a Cristo; proporciona una exposición sistemática de la revelación de Dios dentro de la comunión de la Iglesia Católica; y envía discípulos misioneros como testigos de la buena nueva de la salvación y que promueven una nueva visión de la vida, de la humanidad, de la justicia y de la fraternidad humana.”

Mediante esta comprensión de la Catequesis Evangelizadora queremos destacar los cuatro elementos de la formación del discipulado misionero: encontrar, acompañar, comunidad, y enviar.

De acuerdo al *Directorio para la Catequesis*, promulgado en 2020 por el Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización, la iglesia tiene una naturaleza misionera que demanda un proceso continuo de discernimiento y apertura a una manera nueva de transmitir la fe como es inspirada por el Espíritu Santo:

Por tanto, la Iglesia, que es «misionera por naturaleza» (AG 2), continúa dispuesta a realizar con confianza esta nueva etapa de la evangelización a la cual el Espíritu Santo la llama. Esto requiere el compromiso y la responsabilidad de buscar nuevos lenguajes para comunicar la fe. En este momento en el que cambian las formas de transmisión de la fe, la Iglesia se empeña en descifrar algunos signos de los tiempos con los que el Señor le muestra el camino que ha de seguir. Entre esos signos se pueden reconocer: la centralidad del creyente y su experiencia de vida; el papel relevante de las relaciones personales y los afectos, la búsqueda de sentido de lo verdadero; el redescubrimiento de aquello que es bello y eleva el espíritu. En estos y otros movimientos de la cultura contemporánea, la Iglesia descubre la posibilidad de un encuentro y de anunciar la novedad de la fe. Este es el punto básico de su *transformación misionera* que a la vez motiva la *conversión pastoral*. [DC 5]

Me gustaría compartir con ustedes una reflexión que dio el arzobispo Rino Fisichella, Pro Prefecto del Dicasterio para la Evangelización en la Santa Sede, en la Convocatoria del Instituto del Catecismo que tuvo lugar en St. Mary's of the Lake Seminary en Mundelein, Illinois.

Notando que el encuentro auténtico resulta de la relación, el arzobispo Fisichella comparó la historia de san Pedro dejando todo para seguir a Jesús con la historia del joven rico que se fue caminando triste. Justo después de que Pedro regresara de pasar la noche pescando sin haber pescado nada, Jesús se subió a su barca para predicar a la gente en la orilla. Cuando acabó de

predicar, Jesús se dirigió a Pedro, dándole instrucciones de lanzar sus redes. El arzobispo Fisichella señaló que la instrucción venía del hijo de un carpintero a un pescador profesional. Pedro, quien de manera evidente había estado escuchando atentamente a Jesús, se dio cuenta de que él era más que solo un carpintero y hace lo que le instruye. Después de recoger tantos peces que otros tuvieron que ayudarlo, Pedro se da cuenta simultáneamente de la divinidad de Jesús y de su propia falta de merecimiento. Cuando Jesús lo invita a seguirlo, Pedro deja todo. En dejarse enfocar en la persona de Jesús, Pedro ha tenido un encuentro personal y se ha transformado. En comparación, la historia del joven rico se trata de la falta de ese encuentro personal que conduce a la transformación. El joven rico se acercó a Jesús preguntándole lo que debería de hacer para heredar la vida eterna. Él no está buscando consejo sino más bien aprobación, reconocimiento. Cuando Jesús le invita a seguirlo, el joven rico se va triste. ¿Por qué? Es porque él seguía enfocado en sí mismo, nunca dándose cuenta de la identidad verdadera de Jesús. El enfoque de Pedro en Jesús lo inspiró a actuar con esperanza mientras que el enfoque egocéntrico del joven rico lo deja sin ningún sentido de la esperanza. La tarea del catequista evangelizador es llevar a otros a una gracia transformadora del encuentro personal con la persona de Jesús.

En su mensaje *ANGELUS*, el 20 de julio 2025, el Papa Leo exclamo:

Es necesaria la humildad tanto para acoger como para ser acogido. Requiere delicadeza, atención, apertura. En el Evangelio, Marta corre el riesgo de no entrar plenamente en la alegría de este intercambio. Está tan concentrada en lo que tiene que hacer para acoger a Jesús, que corre el riesgo de arruinar un momento de encuentro inolvidable. Marta es una persona generosa, pero Dios la llama a algo aún más hermoso que la propia generosidad. La llama a salir de sí misma.

Queridos hermanos y hermanas, sólo esto hace florecer nuestra vida: abrirnos a algo que nos aparte de nosotros mismos y al mismo tiempo nos plenifique. Mientras que Marta se queja de que su hermana la ha dejado sola para servir (cf. v. 40), pareciera que María ha perdido el sentido del tiempo, conquistada por la palabra de Jesús. No es que sea menos concreta que su hermana, ni menos generosa, sino que ha aprovechado la oportunidad. Por eso Jesús reprende a Marta: porque se ha quedado fuera de una intimidad que también a ella le daría una gran alegría (cf. vv. 41-42).

...todo encuentro verdadero no se puede comprar, es gratuito: sea el que se tiene con Dios, como el que se tiene con los demás, o incluso con la naturaleza. Se necesita solamente hacerse huésped: hacer espacio y también pedirlo; acoger y dejarse acoger. Tenemos mucho que recibir y no sólo que dar.

El papel del catequista, tal como se implica en la noción de *Catequesis Evangelizadora*, conlleva necesariamente la formación kerigmática de las personas como discípulos misioneros de Jesucristo. Ante todo, el catequista debe ser un testigo, alguien que ha tenido un encuentro con la persona de Jesucristo y busca acercar otros a Él. Un testimonio creíble se basa en ser nosotros mismos, teniendo presente el ejemplo de Juan el Bautista, reconociendo abiertamente que no somos salvadores, sino simplemente portavoces de la Palabra Viva de Dios, el Salvador del mundo. Este testimonio creíble debe estar arraigado en la oración, el discernimiento constante, fundamentado en la Sagrada Escritura, y nutrido de la gracia sacramental. El catequista no solo transmite el contenido de la doctrina católica, sino que forma el corazón mientras educa la mente, mediante el acompañamiento y el encuentro. Como todos los bautizados, tal como nos exhortó el Papa Francisco en este Año Jubilar, el catequista está llamado a ser un “Peregrino de

la Esperanza”. Ante todo, el catequista debe estar centrado en Cristo en lugar del ego o intereses particulares. La teología, en su dimensión pastoral, debe prevalecer sobre la ideología.

El documento final del XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, “Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión”, habla sobre la formación del discipulado misionero. El documento dice:

La formación del discípulo misionero comienza con la iniciación cristiana y hunde sus raíces en ella. En la historia de cada uno está el encuentro con muchas personas y grupos o pequeñas comunidades que han contribuido a introducirnos en la relación con el Señor y en la comunión de la Iglesia: padres y familiares, padrinos y madrinas, catequistas y educadores, animadores de la liturgia y trabajadores en el campo de la caridad, diáconos, presbíteros y el mismo obispo. A veces, una vez terminado el camino de la Iniciación, el vínculo con la comunidad se debilita y se descuida la formación. Sin embargo, ser discípulos misioneros del Señor no es una meta que se alcanza de una vez para siempre. Implica conversión continua, crecimiento en el amor “hasta alcanzar la medida de la plenitud de Cristo” (Ef 4,13) y apertura a los dones del Espíritu para un testimonio vivo y gozoso de la fe. Por eso es importante redescubrir como la celebración dominical de la Eucaristía forma a los cristianos...En la Misa, de hecho, acontece como una gracia concedida desde lo alto...El don de la comunión, de la misión y de la participación —las tres piedras angulares de la sinodalidad— se realiza y se renueva en cada Eucaristía. [n. 142]

El documento continúa aclarando que la formación «debe cuestionar todas las dimensiones de la persona (intelectual, afectiva, relacional y espiritual) e incluir experiencias concretas debidamente acompañadas.» [n. 143] Y añade:

La formación sinodal compartida para todos los bautizados constituye el horizonte dentro del cual comprender y practicar la formación específica necesaria para los ministerios individuales y para los diversos estados de vida. Para ello es necesario que se realice como intercambio de dones entre las diversas vocaciones (comunión), en la perspectiva de un servicio a realizar (misión) y en un estilo de implicación y educación en la corresponsabilidad diferenciada (participación). Esta exigencia, surgida con fuerza del proceso sinodal, requiere no pocas veces un exigente cambio de mentalidad y un enfoque renovado de los ambientes y procesos formativos. Implica, sobre todo, una disposición interior a dejarse enriquecer por el encuentro con hermanos y hermanas en la fe. [n. 147]

En los primeros meses de su pontificado, el Papa León XIV se hizo eco de algunas de las palabras claves del difunto Papa Francisco: acompañamiento, diálogo, y encuentro; las tres son necesariamente relacionales. El Papa León XIV, inspirándose en sus raíces agustinianas y su lema episcopal, nos exhorta a ser instrumentos de paz, unidad y misericordia. Es a través del “arte del acompañamiento” que podemos encontrarnos con las personas donde se encuentran, sanar sus heridas y luego enseñarles o guiarlas con un espíritu de esperanza. Encontrarnos con las personas donde se encuentran significa que necesitamos conocerlas como personas, cada uno con una identidad, experiencia e historia particular. Es importante desde el principio conocer la historia de cada persona mediante una indagación respetuosa, escuchando atentamente, y sin juzgar. ¿Quién o qué llevó a esa persona hasta el lugar donde el catequista tiene el privilegio de encontrarla? El catequista, como evangelizador, no solo debe conocer el kerygma —la historia de Jesucristo—, sino también a aquellos a quienes sirve. Cada uno de los evangelistas escribió para una comunidad específica. Para ser eficaz, cada evangelista debía de conocer y comprender a quienes estaban en su comunidad. Al igual que la Iglesia misma, el proceso de iniciación

cristiana es misionero por naturaleza. Debe de haber flexibilidad, considerando las condiciones y situaciones particulares de cada persona. Este ha sido ciertamente el caso al celebrar los Sacramentos de la Iniciación Cristiana de los reclusos en centros penitenciarios. He tenido la oportunidad de recibir en la Iglesia a tres mujeres: dos catecúmenas y una candidata. Estas experiencias pueden presentar ciertos desafíos, que dejan una profunda huella en todos los involucrados. Para que el proceso sea efectivo, se requiere que todos los involucrados — los interesados, los padrinos, las madrinas y el equipo— se comprometan plenamente con las tres “piedras angulares”: comunión, misión y participación. Si es relacional, debe ser personal. El Papa Francisco enfatiza este punto en su Carta Encíclica *Dilexit nos*, (“Sobre el Amor Humano y Divino del Corazón de Jesucristo”) de octubre 2024: «Es indispensable destacar que nos relacionamos en la amistad y en la adoración con la persona de Cristo, atraídos por el amor que se representa en la imagen de su Corazón.» [DN 49] A principios de este año, en julio, el Papa León XIV se dirigió a los jóvenes reunidos en Roma:

Jesús es el amigo que siempre nos acompaña en la formación de nuestra conciencia. Si realmente quieren encontrar al Señor resucitado, escuchen su palabra, que es el Evangelio de la salvación. Reflexionen sobre su forma de vivir, busquen la justicia para construir un mundo más humano. Sirvan a los pobres y den testimonio así del bien que siempre nos gustaría recibir de nuestros vecinos. Estén unidos a Jesucristo en la Eucaristía. Adoren a Cristo en el Santísimo Sacramento, fuente de vida eterna. Estudien, trabajen y amen siguiendo el ejemplo de Jesús, el buen Maestro que siempre camina a nuestro lado. [Diálogo del Santo Padre con los jóvenes en la Vigilia del Jubileo]

Dado que la formación/educación es continua y la conversión es un proceso que dura toda la vida, es importante tener presente que la evangelización ocurre a lo largo de todo el

proceso de Iniciación Cristiana y más allá. Por ello, hablamos de catequesis evangelizadora. El catequista es más que un simple transmisor de conocimiento e información. El catequista debe ser, ante todo, un discípulo de Jesucristo. Sin el testimonio del discipulado, las palabras tendrán poco impacto en los demás. Es importante no abrumarlos con una sobrecarga de información.

En su Exhortación Apostólica, *Evangelii Nuntiandi* (8 de diciembre de 1975), San Pablo VI compartió las siguientes reflexiones:

Jesús mismo, Evangelio de Dios, ha sido el primero y el más grande evangelizador. [EN 7] Cristo, en cuanto evangelizador, anuncia ante todo un reino, el reino de Dios. [n. 8] Como núcleo y centro de su Buena Nueva, Jesús anuncia la salvación, ese gran don de Dios que es liberación de todo lo que oprime al hombre, pero que es sobre todo liberación del pecado y del maligno, dentro de la alegría de conocer a Dios y de ser conocido por El, de verlo, de entregarse a El. [n. 9] Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar, es decir, para predicar y enseñar, ser canal del don de la gracia, reconciliar a los pecadores con Dios, perpetuar el sacrificio de Cristo en la santa Misa, memorial de su muerte y resurrección gloriosa. [n. 14] Evangelizadora, la Iglesia comienza por evangelizarse a sí misma. Comunidad de creyentes, comunidad de esperanza vivida y comunicada, comunidad de amor fraterno, tiene necesidad de escuchar sin cesar lo que debe creer, las razones para esperar, el mandamiento nuevo del amor. Pueblo de Dios inmerso en el mundo...[n. 15] El Evangelio y, por consiguiente, la evangelización no se identifican ciertamente con la cultura y son independientes con respecto a todas las culturas. Sin embargo, el reino que anuncia el Evangelio es vivido por hombres profundamente vinculados a una cultura, y la construcción del reino no

puede por menos de tomar los elementos de la cultura y de las culturas humanas.

Independientes con respecto a las culturas, Evangelio y evangelización no son necesariamente incompatibles con ellas, sino capaces de impregnarlas a todas sin someterse a ninguna. [n. 20] La Buena Nueva debe ser proclamada en primer lugar, mediante el testimonio. [n. 21] El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan...o si escuchan a los que enseñan, es porque dan testimonio. [n. 41]

Debemos tener presente que estamos inmersos en un proceso, no en una mera programación. El catequista se centra en la misión, no tanto en el mantenimiento. Este camino, este proceso, implica necesariamente la necesidad de crecer en la fe y madurar en el discipulado. Es un camino de fe que busca la comprensión. Como representantes de la Iglesia, como lo enfatizó el Concilio Vaticano II como Pueblo Peregrino de Dios, debemos tener presente que la Iglesia no está destinada tanto a ser contracultural como a transformar la cultura en la que existe. El catequista, como producto de la cultura, está influenciado por los valores sociales de cada época. Una generación no piensa mejor ni peor que la otra, sino que cada generación está condicionada por los valores o influencias particulares de su época histórica. En el espíritu de la sinodalidad, la *catechesis evangelizadora*, busca ampliar la hospitalidad de la Iglesia para invitar, dar bienvenida, y acoger a todos los pueblos. Somos, en efecto, una Iglesia de pecadores y santos, todos aportando nuestras esperanzas y temores, heridas y sanaciones, alegrías y tristezas. A lo largo del proceso, es importante tener presente quiénes serán evangelizados—la Comunidad—todos...el sacerdote, el director, el equipo laico, el personal, los padrinos/madrinas, los interesados/el catecúmeno/el candidato, los catequistas, la parroquia, la diócesis y los miembros de la Santa Sede. El aspecto relacional de la gracia transformadora del Espíritu se

recoge especialmente en los Ritos de Envío y Elección, dejando claro que la comunidad es esencial para el camino de la fe. Los dos mandamientos más importantes se basan en esta cualidad relacional de amar a Dios con todo nuestro ser y al prójimo como a nosotros mismos. El llamado al discipulado misionero, arraigado en nuestro llamado bautismal a la santidad y la misión, no es un ideal, sino un mandato de Jesús para cada uno de nosotros, que implica necesariamente una relación personal con la persona de Jesucristo.